

BELLAS ARTES

El campo del Arte está abierto á todas las especialidades. Hay artistas que se dedican constantemente á una misma nota, que llegan á tratar magistralmente, y con ella adquieren merecida reputación. Serían innumerables los ejemplos que podríamos citar de ese caso, y no sería de las menos favorecidas nuestra ciudad, que cuenta con egregias especialidades pictóricas.

Sin querer decir que Antonio Torres deba ser considerado en absoluto como un especialista, precisa convenir en que pocos son los que han cultivado con tanto éxito y con tan indiscutible idoneidad la *cabeza de mujer*. Su gusto personal, la galanura de su pincel se prestan admirablemente á esa especialidad, que tiene la inapreciable ventaja de ser siempre bien quista por el público, poco aficionado á disquisiciones artístico-filosóficas.

Antonio Torres sabe condimentar la *cabeza de mujer* en todas las formas y aspecto de la idealidad más refinada. Tiene la habilidad de embellecer lo bello, y por esto sus mujeres son verdaderos trasuntos de la gracia femenina. Nos remitimos á la que reproducimos en la fachada de este número, en la que el lector verá recopiladas todas nuestras elucubraciones, sin que sea necesario añadir ni una palabra más.

Y pasemos á la doble página central, sitio de honor que honra Tomás Moragas con uno de los cuadros más perfectos que haya producido su pincel.

El nombre de Tomás Moragas va estrechamente unido al renacimiento de la pintura catalana. Desde su *Miguel Angel velando el cadáver de su hija* hasta este *Canto de amor*, han transcurrido treinta años de historia artística, en los que Moragas ha luchado constantemente en primera fila, siempre dispuesto á predicar con el ejemplo el amor al Arte, que en él ha constituido una especie de obsesión.

Hijo de su tiempo, compañero de Fortuny y del núcleo de artistas de todas procedencias que tan acentuada y característica corriente dieron al Arte europeo, ha conservado á través de las nuevas tendencias su típica personalidad; siempre aficionado á los orientalismos que tanto han privado en su tiempo, y manteniendo siempre su culto por el cuadrado de género, pacientemente miniaturado y enriquecido por las galas de un pincel pulcro y cuidadoso.

Y, sin embargo, su cultura es tan completa y generosa que halla motivos de admiración en todas aquellas obras que, militando en opuesto campo, representen afirmaciones conscientes de un Arte no por nuevo menos sincero. Por esto, y por su acrisolada modestia, son amigos suyos cuantos le conocen; y todos están contestes en afirmar que es Moragas un maestro que hace sentir á sus discípulos la menor cantidad posible de influencia personal, encaminándoles más bien, según sus disposiciones, á tendencias marcadamente hostiles á la suya propia. Y este es, en suma, el mayor servicio directo que ha prestado al Arte de Cataluña.

El trovador del *Canto de amor* que publicamos, es un compendio de las cualidades de la escuela á que pertenece el artista. Correctamente dibujado, colorido con aquella admirable precisión que tiende á dar calidad á todos los objetos, diferenciando los procedimientos; con un fondo de rica arquitectura inspirada de nuestro patio de la Audiencia; justo, atildado, elegante, es el prototipo del cuadro de balleto.

Uno de la *orquesta* se titula la nota de color que aparece en la página final, debida al pincel del joven artista Julio Borrell, que varias veces en esta sección ha sido objeto de nuestros elogios y cuya personalidad requiere ser juzgada en obras de mayor importancia que la presente.

FRANCISCO CASANOVAS

AMOR CRIMINAL

Si el amor puro y desinteresado produce el bienestar en los inefables goces de la familia, no es menos cierto que las pasiones violentas y mal contenidas llevan en sí el germen de desdichas y desventuras.

En una población de Extremadura, residía en amoroso conjunto un matrimonio con el suficiente capital para que los hijos pudieran ser perfectamente educados, y educados hasta con lujo, como vulgarmente se dice. De estos dos hijos, la segunda del matrimonio llamábase Laura, y era hermosa como el sueño de un poeta.

Su cabello se parecía á las madejas del sol; los ojos rasgados y expresivos, eran de un purísimo azul de cielo, y el rostro y los labios de aquella belleza, tan grande como la de la más adorable sultana, competían con la nieve y el coral. Era lo que se llama una soberbia hermosura.

Pero, bajo aquel primoroso manto de perfecciones, latía un corazón ardiente y poderoso como la lava de los volcanes.

El exceso de amor paternal le había hecho dueña por completo de sus acciones, y puede decirse que sólo en ella se reconcentraban todos los goces del hogar doméstico.

Federico, su hermano, casi constantemente alejado de la casa paterna en su calidad de militar, oficial pundonoroso y valiente, era modelo de caballerosidad, y aunque ausente, no podía considerarse dolorosa esta separación, pues su correspondencia no interrumpida era causa de que se le creyese al lado de la familia.

Aquellos padres eran por tanta dicha, que completaban sus virtudes, envidia de todos los matrimonios de la ciudad.

Pero ¡ay! que jamás ha existido en este valle de lágrimas felicidad completa y duradera.

En el diáfano cielo de aquel hogar no tardaron mucho en aparecer negras nubes que en breve espacio hablan de aglomerarse en terrible tempestad sobre tan venturosos y descuidados seres.

Por premio á sus méritos fué Federico ascendido, dando con tal noticia en una carta á sus padres la mayor de las alegrías, al ver colmada en su hijo toda la ternura de su amor.

Con tal motivo, Federico, en uso de licencia, llegó á visitar á sus padres en compañía de su predilecto amigo Alfredo, también militar, aunque de mayor graduación, y destinado casualmente á recoger los reclutas que había en depósito en el punto en donde residía la familia de Federico.

¡Qué de caricias, qué de abrazos, qué de prodigalidades de cariño al hijo y al amigo!

Sobre todo, éste fué desde luego el objeto preferente de la atención de Laura. Verle y sentir la hermosa joven dentro de su pecho el fuego voraz de la llama del amor, fué obra de un instante. En el jardín, en el paseo, en la mesa, los ojos de aquella mujer no separaban su ardiente mirada del rostro de Alfredo.

No se ocultó al joven militar el objeto de tales demostraciones, pero, ruboroso más que excitado, procuraba disimular.

Como todos, se asombraba de la arrebatadora hermosura de Laura, pero su corazón pertenecía ya á otra mujer que, aunque no tan bella, había logrado aprisionarle en las redes de una pasión casta y circunspecta. En suma: estaba comprometido por palabra formal de casamiento con su prima Margarita, joven virtuosa y modesta, que allá en humilde aldea esperaba el plazo en que había de verificarse su boda.

Desearo poner término á las asechanzas de los ojos de Laura, reveló á la familia de ésta lo que queda relatado, manifestando á la vez su deseo de pasar algunos días al lado de sus padres y Margarita, que vivían

en el mismo pueblo, pero Laura, al conocer esta determinación, en lugar de poner veto á su creciente amor, se propuso arrebatarse el afecto de Alfredo á su desconocida rival.

Su ardiente é indiscreta voluntad, no reprimida por sus padres, se impuso á todos los miramientos sociales, sabiendo encontrar muy pronto ocasión de revelar abiertamente á Alfredo aquella imperiosa pasión que tantos disgustos había de producir.

Alfredo, como pundonoroso caballero, no dijo una sola palabra de tal lance, pero decidió desde luego dejar aquella casa y precipitar su unión con Margarita.

Partieron por fin los jóvenes militares á su destino y quedó Laura indignada y presa de oculta desesperación; jurando en secreto ser esposa de Alfredo ó vengarse de sus desvíos.

En seis meses, el aspecto de aquella tranquila morada varió por completo. Malos negocios y azares de la suerte dejaron casi arruinados á aquellos desdichados padres, y entonces Laura, persiguiendo con tesón su ideal, les propuso, para serles menos gravosa, trasladarse al lado de su hermano, el cual, consultado, aceptó gustoso el pensamiento.

Nunca el mal viene solo. Cuando aún no hacía un mes que Laura se había unido á su hermano, una traidora pulmonía arrebató á éste del mundo de los vivientes, y, por natural resultado de la fatalidad, Alfredo recibió de los labios del moribundo el encargo de velar por su hermana y conducirla al lado de sus padres.

Después, Satanás procuróse el medio de penetrar en el corazón del joven, y se consumó la obra del demonio.

Una infeliz criatura fué la víctima primera de aquella desdichada pasión, porque, después de ser padre, Alfredo, engañando á Laura con el pretexto de ir á otro punto, corrió á cumplir la palabra empeñada, efectuando su enlace con Margarita.

¿Qué fué de aquella alucinada amante?

¿Creéis que corrió arrepentida á implorar su perdón en la casa paterna? No; avergonzada, herida en lo más profundo de su ser y sin olvidar un instante al hombre origen de sus desgracias, al que consideró siempre perdido para ella; tomó una resolución extrema. Pobre, sin más bienes que su hermosura, dejando encomendada su inocente hija á brazos mercenarios, pasó el mar, y á los pocos años moría en el hospital de una hermosa ciudad de la gran Antilla, entre los horribles martirios del remordimiento y la enfermedad contraída en los excesos de una vida de crápula y vicios de todos géneros, después de escribir á Alfredo una carta en la que le rogaba buscara y amparase á su hija, educándola en las severas máximas de un padre bondadoso. «Ya que yo, — decía — por estar entregada á mi voluntad y capricho, no he tenido ni aún el respeto del deber que me imponía pedir perdón á mis ancianos padres».

Buscó Alfredo á los padres de Laura, que ya habían muerto de vergüenza y dolor por tan inmensas desgracias, y buscó y no encontró, á las personas encargadas por Laura del cuidado de su hija, á la que aún busca en vano, presa de horrosos remordimientos.

¡Ah, lectores! ¡á lo que conduce la excesiva bondad y mal entendido cariño de los padres!

¡Una mujer perdida para el bien, y una niña abandonada, y quién sabe si también más tarde víctima de ese abandono!

† LUIS VEGA-REY



Fot. de J. Martí.

EXCMO. SR. D. FRANCISCO MANZANO Y ALFARO

GOBERNADOR CIVIL DE BARCELONA

La semblanza de este dignísimo funcionario, puede resumirse en cuatro palabras: es un político honrado. Con esto, está dicho todo, y no es poco, atendiendo á que, en los tiempos que corren, difícilmente se encuentran hombres á quienes se deba, en justicia, aplicar el mismo dictado.

El señor Manzano, antes que político liberal, obligado á transigir con ciertas tolerancias que lleva consigo el partido en que milita, ha sido un gobernante recto y severo, un político moralizador, á quien no han asustado amenazas, que ha sabido mantener con integridad sus propósitos. Dígalo Barcelona, convertida en inmensa Corte de los Milagros, bajo el mando de otros gobernadores, cambiada en la actualidad en una capital culta y civilizada donde no tienen asiento las gentes de mal vivir; sanada en lo posible de vicios y malas costumbres, que son la lepra de las capitales populosas.

Mucho y muy bueno podría decirse de las mejoras que el señor Manzano ha introducido en los servicios, desde que está al frente del gobierno civil de Barcelona; pero no entra en la índole de esta Revista tratar ciertos asuntos de que siempre hemos permanecido alejados.

Don Francisco Manzano y Alfaro, nació el año 54 en la hermosa Granada; allí estudió la carrera de Derecho, obteniendo el grado de licenciado á los 19 años. Dos años después se doctoró y, amante del estudio, se matriculó en Filosofía y Letras, graduándose de licenciado en 1880.

Comenzó entonces su carrera política, que no ha podido ser más rápida ni más brillante.

Fué elegido diputado provincial por Granada en 1881, y en Febrero del mismo año, una Real Orden le nombró vocal del antiguo consejo provincial. Resultó elegido por segunda vez diputado provincial en 1883.

Nombrado secretario de la Academia de Jurisprudencia de Granada, ejerció de abogado en el colegio de aquella capital, al que está adscrito todavía, obteniendo en el foro brillantes y merecidos éxitos, que sirvieron para enaltecer su fama de letrado. Dejó su país natal, trasladándose á la coro-

nada villa, donde no tardó en crearse una posición honrosa y envidiable.

En 1891 fué nombrado juez municipal del distrito de Palacio, y poco después, juez de instrucción del mismo distrito.

Seis meses más tarde, en el poder del partido del señor Sagasta, en cuyas filas ha militado siempre Manzano, fué designado para el gobierno civil de Canarias, donde se reveló como modelo de gobernantes escrupulosos y expertos. Hizo una campaña hermosa en favor de los puertos francos, rompiendo lanzas contra los grandes navieros y poderosas entidades mercantiles opuestas á la concesión de tal mejora.

Ciudad Real fué el segundo gobierno civil que desempeñó el señor Manzano, siendo trasladado después á Santander, en una época difícil para la patria.

Era en 1898; habíase consumado la iniquidad del tratado de París, y comenzaba la repatriación de los valientes soldados que lucharon en nuestras colonias sin gloria ni provecho. Todo el mundo recuerda los horrores de aquellas tristes jornadas. Manzano dotó de sanatorios á Santander, creó hospitales, organizó juntas que funcionaban bajo sus auspicios, y los hijos de la patria que desembarcaban en la capital castellana, recibían grato consuelo á sus penalidades y olvidaban su misera situación.

En 1899 fué nombrado gobernador de Huelva, y en Marzo de 1901 gobernador de Málaga, no tomando posesión de este último cargo por haber sido designado para el gobierno de Cádiz, de donde salió presentando la dimisión.

A Sevilla fué en Noviembre de 1901, dejando en aquel gobierno gratísimos recuerdos.

En Barcelona está desde Febrero del año actual, y su acertada gestión le ha valido el aprecio y la consideración de las personas honradas.

Don Francisco Manzano es uno de los políticos que tienen porvenir más brillante si, como hasta ahora, persevera en su conducta noble y en su administración honrada.

LA ACEITUNERA

NOVELA DE M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

(Continuación).

Soltó un suspiro que hizo retumbar su pecho, y añadió destempladamente:

—¡Es que esa mujer me trae loco!
—Y por eso, porque estás loco, no puedes reflexionar un instante; si reflexionaras no pasarías tanto apuro. ¿Qué te ocurrió con Parralita? ¡Vamos a ver! Cuenta.

Me miró irresoluto y confundido.

—Te pasó, —proseguí impaciente, — que ibas a casarte con ella, pero antes del casamiento, ella, de quien no tenías entonces pesadumbre ninguna, te cogió y te dijo con lealtad, francamente: «Mira Metrio, me pasó esto y esto.» ¿Qué te contó? Que se había cometido una infamia con ella. Te contó el milagro, pero no te dijo el nombre del santo. ¿Por qué no te lo nombró? Por no comprometerte (porque no le buscaras y no os matarais) pero tú no la creíste... Si no tenías confianza en ella ¿por qué, entonces, empeñarte en resucitar un muerto? O tenías confianza ó no; si no la tenías, á casarte con ella y á no hablarle más; si la tenías, á casarte con ella y á no pensar más en cosas tristes; los malos sueños, son como el humo; se sopla, se aventan y se van; pero tú, ni una cosa ni otra; ya lo ves: y hoy, ella está mareándote; ¿qué tienes tú que decir? ¿Con qué derecho vas á ponerte con ella?

—¡Pero, por los clavos de Jesús divino, — gritó Metrio, como si el corazón se le escapara por la boca; — aunque yo me muera por Parralita; aunque yo me mate, porque yo me mataré, si no me muero, ¿cómo quiere usted que la hable ni que la mire, con estas dudas que me abrasan? Si ella me quería, y lo que pasó, pasó como ella dijo, ¿por qué no me dijo quién fué, y por qué no me lo señaló, gritándome, ¡ese!... ¡ese! y por qué no me ayudó a matarlo también, si yo no podía? — Y Metrio retorciase las muñecas desesperado.

En este punto volvimos la cabeza rápidamente; una mujer pasaba junto á nosotros; era Parralita. ¿Cómo llegó hasta allí sin que lo hubiéramos advertido antes, por absortos que estuviésemos? Pasó de prisa, con su cántaro en la cabeza; no saludó, no habló; balanceaba un brazo al compás de la marcha; el otro caía á lo largo del cuerpo, y sus dedos nerviosos jugueteaban con un pliegue del vestido.

¡Allá iba!... Fué perdiéndose el rumor que hacían sus zapatos en las piedrecillas de la senda; el cántaro vidriado recortábase á lo lejos, y el sol, arrancándole risillas, parecía complacerse en formar con un prosaico cántaro de agua el nimbo brillante para la alegre cabecita morena... ¡Allá iba!...

Metrio y yo nos mirábamos suspensos; no se habló más. Aquella noche, precisamente, hubo jolgorio como nunca en el cortijo de Las Palomas. La gente se desbordó por ser día de mi santo; no era, por otra parte, de extrañar; de noche, en el tiempo de la aceituna, cualquier cosa basta para armar en un cortijo un fandango de mil demonios. Excuso decir que con Metrio no iba aquello. Yo estuve gran parte de la noche, sentado en mi sillón como un patriarca, sin preocuparme al parecer, poco ni mucho, de las mezquindades de la tierra.

Parralita era el alma del jolgorio: en sus ojos de negrura intensa, resplandecía un fuego febril; José Alonso, como un perro, seguía á todas partes; había el conquistador abdicado de todas sus ínfulas; como Metrio, no hacía más que mirar á Parralita y sufrir su yugo; pero sin la dignidad, sin la altivez de Metrio, iba detrás de ella, halagándola, adulándola, suspirando, con ojos pediguños, frases de súplica y cara contrita.

Salió al llano á eso de las diez, y Metrio, como si le aterrara quedarse solo al pie de mi sillón, sin el amparo y la ayuda que de mí pudiera recibir, salió detrás. Observé al salir, y Metrio debió observarlo como yo, que Parralita y José Alonso, después de terminar un baile, cuchicheaban misteriosamente. José Alonso pedía algo con verdadero ahinco. Parralita, en el instante preciso de pasar nosotros, exclamó resuelto:

—Bueno, en la Cárcava; á las doce... Junto al peñón.

Y se alejó corriendo, entre la multitud, á la vez que nosotros salíamos y José Alonso lanzaba un suspiro de triunfo, alejándose por otro lado.

Fué una cita; yo quedé reflexivo; ella había hablado en voz alta, como si no se diese cuenta, en aquel instante, de lo que ocurriera á su alrededor; pero una mujer, y una mujer como Parralita, pierde tan pronto, aun suponiendo que esté muy conmovida, toda noción de las cosas? No dijo aquellas palabras... no las dijo en aquel tono, para que las oyese Metrio al pasar? ¿Para que, así mismo, las hubiese podido oír yo, tal vez?

Aunque mi cabeza trabajó mucho para explicarse esto, quedé en la misma confusión é incertidumbre.

Una idea absorbíame sobre todo; cuando Parralita indicaba la hora y el sitio, para verse con su amante á solas, aquella misma noche, y por

primera vez sin duda, envolvió á Metrio al pasar en una mirada inmensa, y sus pupilas brillaron en la sombra como diamantes heridos por la luz.

Paseé por el llano, preocupadísimo; Metrio, sentado en el po-yete, permanecía inmóvil con la cabeza inclinada. Una pregunta me hice entonces: «¿La habría oído Metrio?» ¡Quién sabe...! Pero, ¿no era estúpido abrigar duda alguna...? La habría oído tan bien como yo. Sin embargo, me propuse saber la verdad, sin preguntárselo.

Si, milagrosamente, no la oyó, ¿para qué abrir más una herida que manaba ya sangre? Hacía una noche espléndida, sin frío, sin calor; el aire no movía las hojas; de allá lejos, como un vago clamor, venía el ruido de la Cárcava; el cielo, sin una nube, mostrábase en toda su magnificencia; la atmósfera, limpia, permitía ver el cielo estrellado, en toda su clara y bella diáfandad. No había luna. ¿Qué será que siempre, aún en los trances más difíciles de mi vida, me sentí conmovido y absorto en la contemplación del cielo en estas magníficas noches? ¡Oh, Herschell! ¡Oh, Byron! ¡Oh, Flammarion, y tantos otros divinos cantores del cielo! Decídmelo: en esas estrellas de



brillo purísimo, lejanos misteriosos mundos, átomos brillantes, polvo de oro del infinito, ¿habrá seres animados también?... ¿habrá Parralitas aceituneras, de ojos negros, brillantes, que quemen el corazón?... Pero pronto dejé de pensar en las constelaciones de estrellas de arriba, para pensar en otra constelación de abajo; en la constelación de una loca, de un tonto, de un pillo y de un Quijote... ¿Necesitaré decir que era yo el Quijote, Metrio el tonto, José Alonso el pillo, y la loca Parralita?

Yo fumaba y paseaba nerviosamente; interesábase Metrio, sí; pero mi nerviosidad, mi irritación, eran por comprender que Parralita no me interesaba menos; quiero decir aquí, como si quien esto lea fuese mi confesor que no era un interés material el que Parralita me inspiraba; era otra cosa cuya explicación no me di hasta más tarde; era el interés que nos inspira una persona á quien creemos de talento y comete una torpeza; un hombre á quien se cree honrado y comete un crimen. Y después de esto, amonestábase yo mismo, furioso, por haber encontrado en Parralita una superioridad de que carecía y una honradez, que, como el talento, nunca existió. Realmente ¿era una gran decepción la que yo había sufrido? ¿No era Parralita lo que yo pensé, al verla y oír la aquella mañana, al pie de la adelfa, al bordé del arroyo? ¿Era una coqueta, casquivana, embrollona, intrigante, sin el sentimiento de dignidad innato siempre en la mujer? Y pensando así, sentí el roscillo de la matita de oliva, como si acabase de arrojarla á la cara.

Pasó tiempo; la gente iba recogiendo. Cerca ya de media noche, mandé á Metrio con un recado al molino; el molino está muy próximo; lindante con la casa; pero Metrio debería entretenerse allí; el molino trabajaba de día y de noche.

La misma diligencia suya en aquel momento para ir al molino, me hubiera hecho comprender, si no hubiese estado seguro, que oyó las palabras de Parralita citando á José Alonso. Adiviné su intención; para convencerme, le seguí sin que me viera. En efecto; Metrio, anduvo en dirección del molino; pero, cuando creyó que nadie le veía, deslizóse junto á los muros, y echó luego á correr hacia la Cárcava.

Yo le seguí sin apresurarme; había tiempo; Parralita y José Alonso, tardarían aún, y con seguridad no irían temprano ni tarde. Hay, para la gente del campo, un reloj en el cielo, que nunca se equivoca; cuanto más años tiene el campesino, más adelante en la ciencia de su reloj; hay viejos que dicen la hora con sus minutos y sus segundos. Pronto empezó á oírse con más fuerza el rumor de las aguas. Pocos instantes después hallábase en el lugar de la cita. La Cárcava presenta á todas horas un espectáculo imponente, pero de noche es aterrador, sugestivo: el agua de un riachuelo, precipitase con ronco clamor por aquellas peñas enormes, salientes, revestidas de verdín; deslizase por un cañón accidentadísimo de rocas; se precipita por allí con furia, saltando, volteando, rugiendo, retrocede hervorosa como ferroz enemigo que se retira, buscando un hueco en el muro para acometer otra vez con más fuerza; en la balumba espantosa, salpican las espumas alrededor como veneno escupido por un monstruo, en su fantástico cubil de bloques; lentiscos, adelfas, higueras bravías, crecen en todas partes como nacidos en las mismas rocas y unen sus ramas sobre el cauce profundo; con esta poesía de las hojas verdes, enlazadas, y del cielo azul transparentándose por ellas, resulta quizás más lúgubre el rugido del fondo, cual súplica eterna de millones de réprobos que se revuelven allí, clamando piedad á las alturas sonrientes... Y allá, en las alturas, la inmensidad silenciosa y magnífica, poblada de mundos solitarios, de eterno, misterioso brillo.

—¡Metrio! — grité de pronto, — ¡Metrio! — Mi voz confundióse al punto entre el ruido de las aguas; pero Metrio me había oído. Una sombra se adelantó hasta mí. Era él. No le vi el rostro, pero estoy seguro; su confusión, por haberse alejado de Las Palomas sin mi permiso, era entonces tan grande como las angustias de su alma. No pudimos hablar. Metrio, se replegó inmediatamente. Sus ojos acostumbrados al campo, de noche, habían divisado, allá, en el fondo, un bulto; me escondí con él, detrás de una gran piedra que había al borde casi de la Cárcava. A los pocos instantes, llegó José Alonso. Parralita no se hizo esperar.

José Alonso salió á su encuentro; detúvose allí, donde se habían encontrado, pero Parralita llegó hasta la piedra que nos ocultaba. No nos separarían ni tres pasos. La respiración de Metrio era anhelante, estertorosa; yo le así fuertemente de un hombro; hallábase tras él.

—¡Espera! — le dije muy bajo, — ¡espera!

Veíamos á José Alonso de perfil, á Parralita de frente el brillo de las estrellas, la dulce diáfandad del cielo, permitían ver hasta el movimiento de las facciones de Parralita. La Parralita de ahora, no era la que poco antes había atolondrado el cortijo con su verbosidad y sus carcajadas; no era, no, la del baile y el jolgorio; no la que caminaba por el sendero de Las Palomas, con su cuerpo gentil, con su cantarito en la cabeza y su matita de oliva en los labios risueños, para arrojarla al rostro del primero que se presentase.

Se mostró á José Alonso, seria, adusta.

—Ya estoy aquí — díjole secamente; — ¿qué querías? — Yo escuchaba tembloroso, tan tembloroso quizás como Metrio. ¿Era que Parralita, la Parralita mía, empezaba á reaparecer?

Contestó José Alonso con protestas de enamorado: «él no podía

vivir de aquella manera; estaba muriéndose de afanes y cariño. Vivir así, era peor que morir».

—Bueno, ¿y qué quieres? — preguntó Parralita con una insistencia singular. — ¿Fue ilusión mía? Me pareció que miraba furtivamente al enorme pedrusco, como si nos presintiese detrás de él; más aún, como si estuviese segura de que estábamos allí. No sé decir si estas observaciones pudo hacerlas Metrio. Creo que no.

—¡Que me quieras! — había contestado José Alonso, apenadamente. Y Parralita, como si de pronto hubiese dado con un tema de conversación ansiadísimo, repuso con espantosa ironía:

—¡Que te quiera! ¿Y qué falta te hace á ti que te quiera ninguna mujer? ¿No es bastante con que la quieras tú? Si te quiere, bueno; si no te quiere, también. Si á buenas no, á malas.

—¡Cállate, Parralita, cállate! — exclamó el mozuelo, en voz temblorosa; — de aquéllo no se habla más.

—¿Que no se habla? — continuó Parralita. — ¿Por qué, si es una gloria para tí? ¿Que una mujer no te quiere? Pues tú vas y sales al campo, coges unas yerbas, — que para eso tienes gran sabiduría, — las machacas, coges el zumo y, si por casualidad la que tú quieres es una pobre chiquilla que vive sola con su madre, en un chozón á todos los vientos, no tienes más que meterte sin que te vean, echar aquéllo en el comitajo de las dos, y entrar á media noche en el chozón perdido en mitad de la campiña... Entrar tranquilamente, y salir de tu empeño con honra. ¿Y qué? ¿No es para eso, para lo que Dios hizo á los hombres? ¿Para ganar siempre, sea como sea?

—¡Oh, Parralita!... — Metrio bramaba sordamente detrás del peñón. — ¡Cállate! ¡Cállate! — decía yo, sujetándole con todas mis fuerzas. En el fondo rugían las aguas; en lo alto, la inmensidad brillaba llena de sonrisas.

—¡Perdóname! — decía José Alonso, con la voz ronca por las lágrimas; — ¡Perdóname!

—¿Que te perdone? — repuso Parralita, echándose á reír de aquel modo que yo no había olvidado.

(Concluirá).

